



Viajes de Pietro della Valle

“el peregrino”

(1586 – 1652)

CARTA XIII desde ALEPO

I.13.06 – La fortaleza del Monte Sión y el Santo Sepulcro

Cartas escritas durante los 12 años de su viaje por
Próximo Oriente e India a su amigo Mario Schipano.
(1614 a 1626)

Edición y traducción: Esmeralda de Luis y Martínez
esmeralda.deluis@cedcs.eu

Colección: Clásicos Mínimos. Viajeros por Oriente.
Fecha de Publicación: 21-06-2024
Número de páginas: 8
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6



Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la **Fundación CEDCS: Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

VIAJES DE PIETRO DELLA VALLE “EL PEREGRINO”

Primera parte

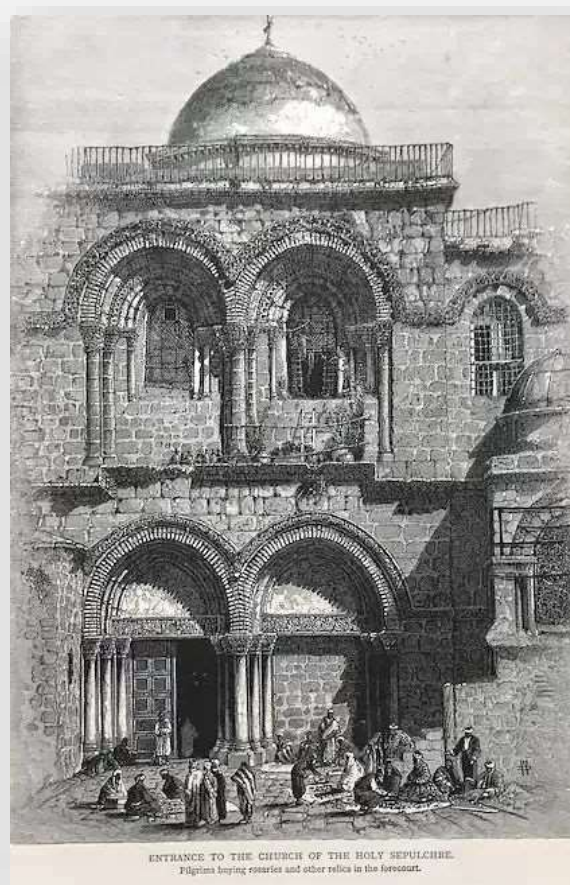
ALEPO



CARTA DECIMOTERCERA

15 de junio de 1616

I.13.06 – La fortaleza del Monte Sión y El Santo Sepulcro.



*Entrada a la Iglesia del Santo Sepulcro.
Jerusalén. Grabado del s. XIX.*

13ª CARTA desde Alepo

(15 de junio de 1616)

entrega I.13.06

*La fortaleza del Monte Sión
y El Santo Sepulcro.*

La entrega anterior (I.13.05) concluye con la visita del Sr. Della Valle a la Iglesia de los Armenios, antigua Casa de Caifás, en cuyo Altar Mayor, colocaron la losa que cerraba el Sepulcro de Jesús.

I.13.05 “También fuimos a ver la casa de Caifás, en la que los armenios han construido una iglesia, en cuyo Altar Mayor han incrustado la piedra que sirvió para cerrar el Sepulcro de Nuestro Señor; esa piedra que mencionaran las Marías. Además, en el patio de dicha iglesia también puede verse el lugar en el que San Pedro se calentaba junto al fuego, mientras aseguraba no conocer a Nuestro Señor, cuando el gallo le recordó con su canto el crimen que acababa de cometer.”

I.13.06 “Una vez vistas todas estas cosas, entramos en la ciudad por una puerta moderna, la que ahora llaman del Monte Sion, y desde allí marchamos para visitar la casa de Santa Ana, otra iglesia de los armenios, en cuyo patio todavía se conserva un olivo muy antiguo al que, según dicen, fue atado Nuestro Señor a la espera de la audiencia ante el juez.

Desde la Casa de Santa Ana fuimos a la Iglesia de Santiago Apóstol, muy cuidada por los armenios, por ser la más grande e importante de todas las que tienen en Jerusalén. Está construida en el mismo lugar en el que cortaron la cabeza a este buen Santo. La piedra y el lugar en donde lo ejecutaron aún pueden verse en una capilla que está cerrada.

Como ya era tarde, regresamos a nuestro monasterio para descansar, pero de paso visitamos la fortaleza de Jerusalén, un castillo no muy grande. Está erigido sobre el Monte Sion; parte dentro, y parte fuera de las murallas de la ciudad. Situado estratégicamente, es de difícil acceso y posee una moderna estructura; su construcción se atribuye a la gente de Pisa, cuando estos dominaban la ciudad; no obstante, entre esas murallas puede distinguirse aún la antigua Torre de David, que se conserva casi por completo gracias a la bondad de sus materiales y a la solidez de las gruesas piedras con las que fue construida. Con esta visita acabamos la jornada, a la par que el mes de marzo.

*Descripción del
castillo de la
ciudad de
Jerusalén.*

El primer día de abril, Viernes Santo, abrieron la Iglesia del Santo Sepulcro, en donde es costumbre que los cristianos y todos los religiosos asistan al solemne Oficio. Fue la primera vez que entré allí con mi gente, pagando al acceder al recinto, como los demás, el precio estipulado para la

primera visita, ya que, una vez abonada esta entrada, siempre que se esté en Jerusalén se puede volver a visitar cuantas veces se quiera con tan solo dar un pequeño óbolo a los porteros. Pero si alguien desea entrar en otro momento, fuera de los horarios y días establecidos, y quiere acceder para una visita privada, el guardián al que se han confiado las llaves exige al menos tres piastras por el trabajo que se toma al tener que venir adrede a abrir la puerta.

Todos los cristianos pagan esa tasa una sola vez, y todos los años la aumentan; aún más a los cristianos, a los que llaman francos, porque estiman que son más ricos y más poderosos que el resto. De modo que les hacen pagar siempre; tanto para entrar en la ciudad como en las iglesias, o en cualquier ocasión que encuentren, como la de ir al Jordán, a Hebrón, y a otros lugares parecidos de los que os informaré más adelante.

Los turcos exigen mucho dinero por entrar en la Iglesia del Santo Sepulcro.

En verdad, los pobres peregrinos, aquellos que no tienen bastantes posibles, aquí son dignos de compasión pues es imposible que puedan hacer este Santo Viaje sin que les cueste una fortuna; y con frecuencia se les puede ver que, habiendo emprendido esta peregrinación con informaciones falsas, y sin haber tomado todas las precauciones necesarias, se ven obligados, para cubrir sus gastos, a deshacerse de lo que habían reservado para el viaje de vuelta; o, incluso, para sobrevivir terminan mendigando por un trozo de pan.

Tiranía de los turcos para con los cristianos.

Cada año exigen a todos los cristianos cinco cequíes para entrar en la ciudad; ocho o nueve, en el Santo Sepulcro; para ir al Jordán y a la Montaña de los Cuarenta días, cinco cequíes, y para pasar a Hebrón, cuatro o cinco; con lo que vos mismo podéis juzgar cuántos pobres peregrinos han sido maltratados por los turcos, y lo que es más vergonzoso: que todos los que llegan aquí en la Cuaresma, tanto si se quedan para la Fiesta de Pascua como si no, si están en Jerusalén en ese momento, están obligados a pagar las tasas impuestas incluso aunque no fueran a visitar los Santos Lugares.

Pero dejemos a un lado estas cosas en la esperanza de que Dios, por su bondad infinita, envíe aquí el remedio necesario y ponga fin al sufrimiento de estos cristianos orientales que, como os he comentado en otra ocasión, fueron, bajo el auspicio de Santa Elena, quienes construyeron esta iglesia del Santo Sepulcro, tal y como podéis constatar en los libros que os he citado.

Descripción de la Iglesia del Santo Sepulcro.

La Iglesia del Santo Sepulcro es bastante amplia y hermosa, toda de piedra, como las casas y calles de Jerusalén en donde este material es muy común. Para edificar y nivelar dicha iglesia, cimentada sobre una roca,

tuvieron que cortar buena parte del contiguo monte Calvario y recortar de su masa el Sepulcro de Nuestro Señor, que puede verse en medio de la iglesia, igual que el que vos habéis visto en la Santa Cámara de Loreto.

*La piedra de la
unción del
Cuerpo de
Nuestro Señor.*

La puerta principal está en un lateral de la iglesia, que cuenta con un espacio considerable en la parte delantera. Al entrar, lo primero que se ve es una piedra, llamada de la Unción; está a ras del suelo, rodeada de una pequeña verja de hierro, y es muy venerada. Sobre esta piedra embalsamaron el Cuerpo de Nuestro Señor antes de depositarlo en el sepulcro. Todos los pueblos cristianos que existen hoy en día, y que tienen adjudicado un lugar en este templo, se encargan cada uno de mantener encendida una lamparilla, y cuando se lleva a cabo el Santo Oficio todos sus representantes queman allí incienso y hacen sus plegarias.

Después de visitar el lugar de la Unción, a mano izquierda, entrando en el cuerpo de la iglesia, que es de planta circular y con grandes pórticos sostenidos por columnas a su alrededor, he observado que muchas de sus basas no habían sido colocadas allí sino talladas en la misma roca; la que fue desbastada, como os he dicho, para allanar y nivelar la superficie en la que se construyó el templo. El Santo Sepulcro se halla en el centro, bajo el domo, en donde hasta hoy se ha dejado la losa tal cual estaba. Tiene las dimensiones y los mismos ornamentos externos con que los Padres Jesuitas la representan con frecuencia en sus iglesias durante la Semana Santa. Por dentro, como habréis podido observar en la que los Jesuitas exponen, se entra primero en una Capilla muy pequeña, de planta cuadrada, en medio de la que se puede ver una gran losa a un palmo del suelo, sobre la que las Tres Marías¹ vieron sentado a un ángel vestido de blanco, cuando [al llegar al Sepulcro lo vieron abierto] y no encontraron a Cristo, pues ya había resucitado.

*Capilla de la
Tumba de
Nuestro Señor.*

Desde esta capilla y por una pequeña puerta cuadrada y casi hundida, de modo que un hombre solo puede entrar por allí medio tumbado, se pasa a la capilla del Santo Sepulcro, mucho más pequeña, y sobre la que se construyó el domo que se ve desde el exterior, soportado por varias columnas. Entrando, a mano derecha, se encuentra la tumba propiamente dicha, casi con forma de altar, en donde fue depositado el precioso Cuerpo de Nuestro Señor y sobre el que hoy en día se celebra la Misa. Delante no hay apenas espacio; solo sitio para seis o siete personas arrodilladas y un poco prietas. Esta capilla no tiene mucha altura, y todo el hueco que se ve ha sido tallado a cincel en la roca misma, de la que un buen fragmento ha quedado en medio de la iglesia y desprendido del resto de la montaña; enriquecida

¹ Las “Tres Marías” o las “Santas Mujeres”.

después su parte externa con mármoles y muchos otros bellos adornos que allí se pueden contemplar.

Cuando llegamos allí para orar a Dios, nuestros religiosos aún no habían cantado Misa, de suerte que nos encontramos justo en el momento en que el Muy Santo Sacramento estaba expuesto en aquel lugar; desde luego con muy buen criterio, tal y como hacen todas las iglesias que han tomado la costumbre de exponerlo en el Santo Sepulcro en un día como éste; algo que induce, como comprenderéis, a una contrición y devoción extraordinarias, y que el recuerdo de los Misterios de la Pasión de Jesucristo, sucedida en este mismo lugar, en un día como hoy aumentan infinitamente.

Devoción de los peregrinos ante la tumba de Nuestro Señor.

Tuvimos que conformarnos con quedarnos allí solo un momento, porque en estos días hay en Jerusalén una prodigiosa concurrencia de peregrinos de todas las nacionalidades y, por supuesto, todos quieren entrar en el Santo Sepulcro. En verdad es algo digno de ver cuánta devoción muestran estos pueblos vulgares e ignorantes al visitarlo: lo besan, se arrojan al suelo, ponen los ojos en blanco y fuerzan su rostro, dando tantos suspiros y exclamaciones como ni os podéis imaginar.

La columna a la que fue atado Nuestro Señor para su flagelación.

Para hacer sitio a toda esta gente, salí de inmediato y me retiré a la capilla, en la sacristía de nuestros religiosos, delante de cuya puerta me mostraron un sitio marcado sobre el suelo en donde Nuestro Señor, tras resucitar, se apareció a la Magdalena, así como otro, en la capilla en donde está el altar, en el que se apareció por primera vez a la Virgen. Vi también en la misma sacristía un fragmento de la Columna en la que Nuestro Señor fue flagelado, y que es exactamente como el que nosotros tenemos en Roma. Me imagino que esta Columna no era tan baja como nos la pintan a veces, y que posiblemente tenía las dimensiones normales de una columna porque, entre los dos fragmentos de Roma y el de Jerusalén, además de otro igual que he visto en la Iglesia Patriarcal de Constantinopla, como creo haberos descrito en otro momento, confirman lo que aseveraba San Jerónimo cuando decía que se trataba de una columna completa, que en su época sostenía el pórtico de una iglesia, algo que no habría podido hacer si no hubiera tenido justo esas dimensiones.

Lugar en el que clavaron a Nuestro Señor en la cruz.

Por fin los religiosos se dispusieron a cantar Misa, al tiempo que nosotros a escucharla. Ese día se celebró, como era costumbre, en la Capilla del Monte Calvario, a la entrada de la iglesia, a mano izquierda y un poco elevada, porque para llegar allí hay que subir no sé cuántos escalones. Esta capilla pertenece a los cristianos georgianos, que offician al modo de los griegos, y siempre en su lengua; pero los católicos, como principales Señores de la iglesia que son, van por todas partes cuando les place. Hay dos

espacios dignos de señalarse en esta Capilla del Calvario; uno en el que Nuestro Señor fue clavado en la cruz, que es donde se celebra la Misa, por haber ahí un altar, y otro al lado, en el que fue plantada la cruz entre las de los dos ladrones. Aquí no hay ningún altar a fin de que se pueda ver el agujero en el que se clavó la cruz y que los peregrinos besan con mucha devoción; también se puede ver una gran abertura, más abajo, en el momento en que expiró Nuestro Señor. Y cuando el Sacerdote que celebra la misa lee la Pasión, y llega al momento de las palabras que Jesucristo pronunció sobre la cruz, se dirige hasta el mismo agujero en donde estuvo colocada y allí mismo las profirió; incluso cuando descubre la Cruz y canta *Ecce lignum crucis, venite adoremus*¹, él la dirige hacia ese lugar; en donde os aseguro que habría que ser tan insensible como un turco como para no conmoverse, ante tal devoción, y deshacerse en lágrimas ante estas ceremonias capaces de emocionar a las rocas. Pero a mi parecer no lo es menos un lugar cercano en el que la Virgen sufrió tales dolores, viendo morir a su hijo, que casi acaban con ella; y fue en ese lugar en donde Santa Elena, buscando todos estos detalles con un cuidado extraordinario, hizo construir un pequeño domo.

Donde fue coronado de espinas.

Acabada la Misa y según costumbre, habiendo retirado en una procesión el Santo Sacramento del Sepulcro, me fui a ver los otros Santos Lugares que están en la misma iglesia. Primero, debajo de la Capilla llamada del Monte Calvario, vi otra al mismo nivel de la Iglesia, en donde están enterrados Godofredo y Balduino, Reyes de Jerusalén. Luego, ya bajo tierra, hay una más en donde Santa Elena encontró la Cruz de Nuestro Señor, oculta en los alrededores de la iglesia bajo el Pórtico de Columnas. Hay muchas más: una que los abisinios creen que es la del Improperio, así llamada porque Jesucristo estuvo allí sentado mientras los judíos le coronaban de espinas y se burlaban de él; otra en la que los Soldados romanos se jugaron a los dados la túnica de Jesucristo, que dicen fue guardada allí, y aún una más, muy oscura, como una gruta excavada bajo la Montaña, en donde dicen que Jesucristo permaneció amarrado mientras preparaban la Cruz; y, finalmente, otra Iglesia que se encuentra no muy lejos, detrás del Santo Sepulcro, en donde fueron enterrados José de Arimatea, Nicomedes y otro cuyo nombre no recuerdo...”



¹ “He aquí el leño de la Cruz, venid adoradores”.

Próxima entrega: I.13.07 – De las relaciones del Señor della Valle con el Sanjaco de Jerusalén.

